

minia de Reims, la señora de Sille-le-Guillaume, venerada casi como santa en la diócesis de Tours, y á fines del siglo XIV y principios del siguiente apareció en el Mediodía de Francia María Robin, de Aviñon. Todas estas visionarias se inclinaban principalmente á la parte religiosa; pero en épocas de grandes calamidades políticas y sociales se modifica fácilmente el entusiasmo religioso en estos dos sentidos, como



Parque de sitio delante de una ciudad, compuesto de cañones de fuego del sistema mas primitivo y de antiguas máquinas para arrojar proyectiles.

Este grabado es muy interesante para el conocimiento de la época de transición de las antiguas máquinas de sitio á los cañones de fuego. Miniatura del manuscrito de Froissart, en la biblioteca municipal de Breslau.

lla saldría de un bosque de robles para vencer á los arqueros; y todo esto preparó la grandísima impresion que causó la aparición de Juana de Arc.

Era Juana hija de siervos de la gleba de la aldea lorenesa de Domremi, situada al Sur de Vaucouleurs, donde nació á principios del año 1412. Lo que de su infancia se cuenta es fábula inventada, adrede ó sin malicia, para hacerla aparecer como predestinada. Como cierto puede admitirse que siempre había sido aficionada á la soledad y á dejar correr su fantasía por las regiones legendarias paganas y cristianas á la sombra de un árbol secular, que figuraba desde antiguo

se había visto ya en Francia en tiempo de *la jacquerie*. En la época de que ahora tratamos conmovió la Picardía y el Artois un fraile carmelita predicando la penitencia general, y en Paris corria todo el mundo á oír los sermones de un fraile franciscano que encontraba los sucesos de su tiempo profetizados en el Apocalipsis. Otros recordaban diversas profecías antiguas, como una que anunciaba que una donce-

en las tradiciones populares. Entre los suyos, gente rústica é ignorante, Juana estaba considerada desde su niñez como un sér especial por su intensa y delicada sensibilidad. La pena que le causaron siendo todavía niña las desgracias de su patria y el deseo de salvarla que sentía en su corazón, sin poder expresarlo en palabras á las personas que la rodeaban, fueron dando cuerpo á las creaciones de su fantasía, hasta que se encariñó tanto con ellas que acabó por ver las encarnaciones de sus deseos é impulsos generosos, y no obstante ser sana y robusta, tuvo verdaderas visiones, y creyó oír la voz del arcángel Miguel que la mandaba salvar á Francia y

ayudar al Delfin á ceñirse la corona. El mismo arcángel volvió á aparecérselo, esta vez acompañado de las santas Catalina y Margarita, y le repitió el encargo. Las visiones se aumentaron despues, y la doncella se fué exaltando, hasta que una expedición de fuerzas borgoñonas invadió su país y redujo á cenizas su pueblo natal. Este suceso acabó de decidirla á obedecer las órdenes del cielo, y ya no dudó que ella

era la vírgen de Lorena que, según una antigua profecía, había de salvar la Francia, perdida por una mujer, la cual no podía ser sino la reina Isabel. Hizo saber su intento al jefe militar de Vaucouleurs pidiéndole una escolta armada para ir á la corte, y como aquel se negara á dársela, fué ella misma á la ciudad para presentarse en persona al comandante, el cual le concedió su petición, porque los habitantes se agol-



Una página del devocionario del duque de Bedford (manuscrito existente en el Museo Británico, de Londres).

paban para verla. A fines del mes de febrero de 1429 pudo partir para Chinon en traje de guerra, provista de un buen caballo y acompañada de algunos caballeros armados con su gente. Carlos y sus favoritos no quisieron saber nada de la aldeana y de su empresa, pero la suegra del rey, la enérgica duquesa de Anjou, consiguió que su yerno recibiera á Juana en audiencia, y para ponerla á prueba hizo que Carlos, vestido con sencillez, se mezclara entre sus cortesanos, que llevaban riquísimos trajes. Juana, sin embargo, sin titubear y con el respeto debido se dirigió al rey, el cual, dudando todavía de la misión celeste de la jóven aldeana, tuvo con ella una conversacion secreta de la cual salió

conmovidísimo, quedando á lo menos por lo pronto convencido. Dícese que Juana tranquilizó en esta entrevista al rey respecto de la duda secreta que le atormentaba y que nunca había comunicado á nadie, de no ser hijo de Carlos VI y de no tener de consiguiente derecho al trono. El clero tuvo también sus dudas, y Juana las deshizo en Poitiers en un interrogatorio en que dió pruebas de ser buena católica y de observar una conducta sin tacha. Entonces decidió la corte entrar en la empresa de la jóven, sin hacerse por esto grandes ilusiones, sino como el jugador desgraciado que arriesga una última puesta, y porque el pueblo se declaró con entusiasmo por Juana; de suerte que á haber salido mal la empresa, el



rey y sus consejeros habrían atribuido la culpa al pueblo. Juana pidió tropa y material de guerra y víveres para aprovisionar la ciudad, que estaba á punto de rendirse por hambre. Hízose preceder por una carta dirigida á los ingleses en la cual les requería que evacuaran la Francia, amenazándoles en caso contrario con el castigo del cielo. En 28 de abril de 1429 pudo introducirse en la ciudad armada de punta en blanco con una espada vetusta que dijo haber desenterrado detrás del altar de la iglesia de Fierbois, y llevando en la mano una bandera blanca con la imagen de la Virgen, protectora de las flores de lis francesas. La guarnición y los vecinos la recibieron con júbilo y cual aparición celestial. Como por encanto recobraron todos nuevo ánimo; el 6 de mayo Juana, á la cabeza de su tropa, tomó por asalto uno de los principales baluartes levantados por los sitiadores, y sucesivamente los sitiados rompieron el cerco en otros puntos. El pánico cundió entre los ingleses, y Bedford, en vista de la pérdida de sus obras principales y de la desmoralización creciente de su ejército, decidióse á levantar el sitio. Estaba salvada la ciudad y probada la misión celestial de la salvadora, pero en vano instó Juana á Carlos y á sus consejeros á que atravesaran con ella el país ocupado por el enemigo y pasaran á Reims para que el Delfín fuese ungido allí con el óleo santo. Esto era ya pedir demasiado á aquellos seres menguados, y apenas si permitieron á la jóven sacar las ventajas de los triunfos alcanzados hasta allí. Se quitaron á los ingleses una porción de puntos fuertes, y en 18 de junio el general inglés Talbot fué derrotado cerca de Patay, con lo cual quedó despejado el camino de Reims; pero Carlos, subyugado por el afeminado y siempre receloso La Tremouille, continuó negándose á marchar. Entonces le amenazaron con abandonar su causa los jefes mas valiosos; el pueblo no ocultó ya su descontento, y el rey no tuvo mas remedio que ceder, si bien con tanta precaución que paralizó toda acción enérgica, hasta que la rendición de Troyes le animó á arriesgar la marcha á Reims, donde fué coronado el 17 de julio.

Juana de Arc habia cumplido su palabra y lo que habia dicho que era su misión; el pueblo la miraba como la salvadora enviada por el cielo, y la fama de sus grandes hechos se extendió hasta mas allá de los confines de Francia. Príncipes y generales solicitaron sus consejos, sin que Juana cesara de ser la sencilla y modesta aldeana, poseída de fe inquebrantable, que con su dignidad natural y la aureola de santa imponía respeto y tenia á raya á los rudos guerreros entre los cuales vivía. Su cuerpo esbelto y delicado soportó victoriosamente todas las fatigas de la guerra; no pensó en volver á su hogar paterno, pero si semejante deseo y recuerdo no paralizó su energía, no por esto vió siempre con toda claridad el camino que debia seguir. Alguna vez habló de marchar contra los husitas y contra los turcos, pero no mostró en realidad mas empeño positivo que el de expulsar á los ingleses del suelo francés. En adelante no la animó ya la confianza ciega de antes; mas esto puede atribuirse al conocimiento que indudablemente debió de adquirir del terreno inseguro que pisaba, de la informalidad del rey y de la oposición maliciosa que se levantaba gradual y sistemáticamente contra ella, principalmente de parte del clero. Esto disminuyó naturalmente su crédito, y además contribuyó al mismo fin la aparición de otras inspiradas, como Catalina de La Rochela, que pretendió descubrir al rey grandes tesoros ocultos, lo que la hizo encontrar favorable acogida entre la gente de la corte, ávida de dinero. Por otra parte no cesaron de desacreditarla los ingleses, que decían que era una aventurera, una farsante y hasta que tenia pacto con el demonio. Aunque propagado este rumor por enemigos, siempre quedaba algo de la calumnia en la opinión pública, no

solamente entre los ingleses sino tambien entre los franceses; y no se podía ocultar á Juana de Arc que el día en que le fuera adversa la fortuna, ó solamente le faltaran triunfos suficientes para demostrar su misión celeste, sucumbiría ante los ataques de sus adversarios, abandonada por el rey Carlos VII, por sus cortesanos, el clero y finalmente por el pueblo. Así sucedió en efecto.

Impresionado todo el mundo por los últimos sucesos maravillosos, por la coronación del rey en Reims, en todo lo cual se vió la mano de Dios, se sometieron á Carlos VII, como á su rey legítimo, un gran número de ciudades del Norte de Francia que desde muchos años se habian declarado por Inglaterra y Felipe de Borgoña, y todo indicaba que continuando la guerra con vigor, pronto quedaria la Francia libre del extranjero. Pero á pesar de las vivísimas instancias de Juana, se dejó á los ingleses tiempo de reforzarse. Aunque el rey volvió á entrar en campaña á mediados de agosto, perdió todavía mas tiempo en marchas y contramarchas sin objeto, en lugar de tomar la capital por medio de un ataque decisivo como lo aconsejaba Juana de Arc; y cuando por fin se dirigió sobre París, los de adentro se habian preparado á la defensa mas enérgica. A duras penas permitió el rey que Juana hiciera una pobre tentativa para penetrar desde Saint Denis en el arrabal de San Honorato; los jefes de las fuerzas reales se abstuvieron en cuanto les fué posible de tomar parte en este ataque, y así la empresa fracasó y Juana salió de ella herida. Esta conducta mezquina del rey y de los suyos, por los cuales Juana peleaba, la desanimó y la hizo renunciar á llevar su misión hasta el fin; depositó su armadura en la catedral de San Dionisio y manifestó su resolución de retirarse. Sus adversarios y la corte, temiendo el mal efecto que esta resolución habia de producir en el pueblo, y por los buenos servicios que probablemente podia prestar todavía la jóven, la rogaron que se quedara: Juana accedió, y hasta se prestó á acompañar al rey á Bourges. Volvieron á pasar meses en la mas completa inacción, debida á la indolencia de Carlos; y los ingleses aprovecharon el tiempo para reconquistar casi todo el Norte de Francia, que pagó cara su infidelidad á la causa inglesa. Todo esto redundó en descrédito de Juana, contra la cual se levantaron nuevas dudas, confirmándose en las suyas los ingleses, los borgoñones y los parisienses. Esta situación se hizo inaguantable para Juana de Arc, la cual con una pequeña partida de valientes que conservaban inquebrantable la fe en la heroína, abandonó la corte para correr al auxilio de Compiègne, que estaba á punto de sucumbir ante la fuerza superior del enemigo. Cerca de Lagny sostuvo Juana una acción con las fuerzas enemigas y en la noche del 22 al 23 de mayo entró en la plaza sitiada, desde donde emprendió al día siguiente una salida; pero los sitiados tuvieron que retroceder ante las fuerzas superiores borgoñonas. A fin de cubrir la retirada se opuso Juana con sus valientes á los perseguidores, y mientras los acompañantes se salvaron como pudieron huyendo á la ciudad, Juana fué arrancada de su caballo por un vasallo del señor de Ligny-Luxemburgo, el cual se la llevó prisionera.

El pueblo francés quedó consternado al saberse la prisión de Juana de Arc; el luto fué general, excepto en la corte, que residía en Bourges, donde la noticia fué recibida con bastante frialdad, porque poco podia dar ya de sí la pobre jóven, y solo era para muchos una acusadora muda y molesta de su conducta antipatriótica. En su interior la corte se alegraba de hallarse desembarazada de ella sin tener que despedirla, y de haber salvado las dificultades á que habian dado origen las relaciones que con ella se habian tenido. Quizá algunos cortesanos frívolos se regocijaron al pensar

en la triste suerte que aguardaba á la infeliz en poder de sus enemigos; porque el señor de Ligny-Luxemburgo entregó la prisionera á los ingleses á cambio de 10,000 monedas de oro. Verdad es que al principio se opuso á la entrega de la prisionera á los ingleses el duque de Borgoña como soberano feudal del señor de Luxemburgo; mas para no indisponerse con ellos, ya que volvian á ser afortunados en sus operaciones militares, consintió al fin en que les fuese entregada. El clero prestó su autoridad para justificar á los ojos del mundo este tráfico ignominioso, porque habiendo sido hecho prisionera Juana en la diócesis de Beauvais, la reclamó para la información de la causa eclesiástica el obispo de aquella diócesis, Pedro Cauchon, que al principiar la guerra habia tomado partido por el enemigo del país, por lo cual las fuerzas del rey le habian arrojado de su obispado. Con esto quedó sellada la suerte de la desgraciada doncella, porque lo que querian sus enemigos era, antes de matarla, probar que las visiones y revelaciones que habia tenido habian sido supercherías como sus obras; y sus jueces, para obtener de la prisionera confesiones en este sentido, no retrocedieron ante ningun medio. Varias tentativas de evasión frustradas empeoraron la situación de la pobre jóven; á lo cual contribuyó tambien que á la sazón, en otoño del año 1430, las armas francesas fueron bastante afortunadas. Para Juana de Arc no hubo consideración alguna, y todo el afán de sus enemigos era hacer el sacrificio de la infeliz tan aparatoso como fuese posible.

En 9 de enero de 1431 empezó la causa en Ruan, la antigua capital de Normandía y residencia entonces de la corte inglesa. Las primeras sesiones del tribunal se dedicaron á fijar el procedimiento que debia seguirse, tarea que fué confiada á un número de doctores en teología y de jurisperitos. El tribunal definitivo, formado segun su dictamen por doctores y bachilleres en teología, doctores en derecho civil y canónico, licenciados *in utroque* y licenciados en derecho canónico, se constituyó el 26 de febrero en la capilla de palacio, siendo presidido por el obispo Cauchon y sentándose á su lado mas adelante Lemaitre, vicario del inquisidor del reino de Francia. Ante esta asamblea fué conducida Juana de Arc, demacrada y pálida, en cuyo semblante se veían las huellas de una prision de largos meses pasados en un calabozo subterráneo con los padecimientos que son de presumir. Se la amonestó y se la hizo jurar sobre los Evangelios declarar la verdad á fin de descargar su conciencia y abreviar el procedimiento. Interrogada sobre las revelaciones que habia tenido, dijo que no podia dar explicaciones, porque únicamente al rey Carlos las habia comunicado, pero que de allí á ocho dias las voces que le hablaban le dirian si podia declarar ó no. El interrogatorio ocupó por sí solo 25 sesiones. Los jueces emplearon todos los medios, preguntas de doble sentido, súbitas, cruzadas, para enredar á la jóven en contradicciones; pero el buen juicio, la sencilla rectitud y rigurosa veracidad salvaron á la doncella de todos los lazos. Respecto de las voces que le habian hablado, la primera vez cuando solo contaba trece años, dijo que generalmente partian, no de ninguna aparición definida é individual, sino de una claridad deslumbrante pero placentera. Se ratificó en su creencia de haber sido enviada por Dios, y amonestó á los jueces, en especial á Cauchon, que meditaran bien lo que hacian. Esto, por supuesto, no hizo en aquellos hombres ninguna mella ni impresión; la asediaban con sus preguntas, á menudo todos á la vez, y para comprometerla mejor, la sorprendieron en su calabozo y continuaron allí el interrogatorio, amenazándola con someterla al tormento y enseñándole los instrumentos de tortura para sacar de ella la confesión que anhelaban.

El 24 de marzo fué leído á Juana el protocolo de los interrogatorios y reconocido por ella, despues de algunas añadidas de poca importancia, si bien este documento era un trabajo capcioso que prestaba á todas las respuestas de la jóven el sentido mas desfavorable. A pesar de todas las instancias, negóse Juana á reemplazar el traje masculino que continuaba usando por el femenino, contestando siempre que no habia llegado todavía el tiempo de hacerlo, pero que lo haria si se la dejaba regresar sin dilación á su país. Hasta renunció á la comunión que habia pedido cuando se le concedió á condición de cambiar de traje, probablemente porque se sentia en traje de varon mas resguardada de las impertinencias de sus rudos guardas.

Del material reunido en veinte y tantos interrogatorios se redactó el acta de acusación, que resumió en doce artículos los puntos que pretendia estar probados. El infame Cauchon se deleitó en este trabajo, que le permitia lucir su habilidad de armar «causas bonitas.» Utilizó solo los puntos que perjudicaban á la acusada, pasando por alto lo que en el curso de los interrogatorios habia aclarado expresiones peligrosas, quitándole toda gravedad, y de esta manera consiguió combinar un escrito en el cual, para los que no estaban en antecedentes, aparecia evidente la culpabilidad de Juana de Arc. Esta ni siquiera llegó á ver el escrito, de suerte que tampoco pudo protestar de la tergiversación y falseamiento de sus declaraciones. Mucho tiempo resistió su cuerpo delicado, sostenido por su grande alma, á todos los sufrimientos é infamias que el ensañamiento de sus jueces inventaba para no dejarle cobrar aliento; pero si su fe en su misión y en su salvación á consecuencia de los triunfos de las armas francesas, de los cuales tampoco dudó y que la comunicaban las apariciones, se conservó inquebrantable, no así su salud física. En la Pascua del año 1431 cayó gravemente enferma. Cauchon temió que la muerte le arrebatara su presa antes de haberla arrancado la confesión de su culpabilidad, pero Juana sanó para sufrir su martirio hasta el fin. La acusación compuesta por Cauchon fué presentada al cabildo de la catedral de Ruan, y remitida á la universidad de París, pero sin los protocolos y autos con arreglo á los cuales pretendia estar redactada, á fin de que aquellas corporaciones dieran su dictamen. Ambas declaraciones á la acusada culpable; pero habria bastado una mirada á los protocolos y autos para hacer ver á aquellas corporaciones eruditas todo lo contrario, por mucho que hubiesen estado prevenidas en contra de Juana de Arc. Gran parte debieron de tener las pasiones políticas, tan excitadas en aquella época revuelta, en ambos dictámenes, en los cuales se decía: que la acusada era ó embustera ó bruja; que era blasfema y habia abandonado la fe verdadera, evocado espíritus malignos é inducido á su pueblo á la idolatría y al derramamiento de sangre; y que si rehusaba abjurar los errores heréticos que se le habian probado, debía ser relajada al brazo de la justicia civil. Todas las amonestaciones que se hicieron á la prisionera, ya en su calabozo, ya ante todo el tribunal reunido, para que confesara sus errores, fueron inútiles, y no hizo mella en la pobre jóven el dictamen de la universidad de París que le fué presentado. El 23 de mayo, despues de haberle repetido las acusaciones que se le hacian, fué amonestada otra vez á abandonar sus errores y su afirmación del origen celeste de sus visiones y de las voces que le habian hablado. Se la instó con palabras cariñosas é inspiradas en apariencia en el deseo ardiente de salvar su alma, pero Juana declaró que hasta en la hoguera sostendría lo que habia dicho ya, pues de otro modo se haria culpable de impía mentira. En vista de esto se cerró la causa y se fijó el día siguiente para la lectura de la